

RAFAEL
ÁLVAREZ CORDERO

Mezquindades y ruindades

En estos momentos difíciles, es bueno que Felipe Calderón haya recordado a propios y extraños que las bases de la democracia están en la ética, la generosidad, la verdad, en eso que se llama calidad humana y aun en la elegancia.

Mezquindad.- Falta de sentimientos nobles, obra o dicho despreciable resultado de esos sentimientos, falta de generosidad, cicatería.

Ruindad.- Maldad o vileza, acción baja o ruin.

Las palabras que pronunció Felipe Calderón hace unos días frente a los panistas: "Hay que dejar atrás y de una vez las mezquindades y ruindades que impiden servir y hacer el bien... y nos atrapan en pleitos, envidias y ruindades sin fin". Así de simple, así de claro.

El mensaje, como las encíclicas del Papa, fue *urbi et orbi*, lo que en español quiere decir "al que le venga el saco que se lo ponga". Claro, los panistas presentes lo recibieron como un señalamiento personal y cada quien en sus adentros tuvo que reflexionar qué tan mezquino y ruin se comportó, no sólo con Camilo Mouriño — a quien se le hacía un homenaje —, sino con sus compañeros panistas y con las políticas del partido. Los panistas ausentes, el verborreico Vicente Fox, el resentido Miguel Espino y el grisáceo Santiago Creel, también fueron destinatarios de las palabras presidenciales, porque su mezquindad, que tiene diversas formas, no por eso es menos lesiva al Partido Acción Nacional.

¿Es la mezquindad y la ruindad limitada a los panistas? No, por cierto. Si revisamos la historia de nuestro país, desde la Independencia hasta nuestros días, la mezquindad de pre-

sidentes y aspirantes fue característica. Todos los próceres, desde Iturbide hasta Vicente Fox, han vivido la mezquindad, como actores o como víctimas. Y, en la política actual, no pocos políticos, aspirantes y fracasados, son incapaces de reconocer en el otro una manera diferente de pensar, una postura distinta, ya no digamos una cualidad o una virtud.

Y si reflexionamos un poco más, reconoceremos que esa mezquindad nos convierte en ciudadanos suspicaces, incrédulos, desconfiados. ¿Qué pasaría si todos, no sólo los políticos, analistas y comentaristas de los medios, sino todos nosotros, decidiéramos abandonar la mezquindad con la que devaluamos a los demás y nos devaluamos nosotros mismos?

En estos momentos difíciles, es bueno que Felipe Calderón haya recordado a propios y extraños que las bases de la democracia (y de toda vida digna y noble, añadiría yo) están en la ética, la generosidad, la verdad, en eso que se llama calidad humana y aun en la elegancia, y que la mezquindad y la ruindad son obstáculo para el progreso y el bienestar del país.

Bien por Calderón, quien el lunes pasado mostró que da un giro en su Presidencia. No designó como secretario de Gobernación a uno de sus "cuates", sino a Fernando Gómez Mont, el hijo menor del fundador del PAN, militante panista desde la infancia, licenciado, legislador y buen interlocutor político. Como lo señalé hace unos días, creo que el secretario de Gobernación, dependencia a la que se le han puesto y quitado atribuciones, debe convertirse en jefe o coordinador del gabinete (*chief of staff*), y así cumplirá mejor su difícil misión. Esta propuesta ha sido externada también por analistas y políticos y será bueno que Felipe Calderón decida, de una vez y para siempre, precisar y transparentar las funciones de Fernando Gómez Mont y, si lo hace, la conducción del país podrá ser más fluida y su Presidencia encontrará menos obstáculos, porque mezquinos y ruines siempre los habrá.

rafael.alvarez@nuevoexcelsior.com.mx

